

ANA CABO

UNA BODA
SIN ETIQUETA

ANA CABO

UNA BODA
SIN ETIQUETA



EDICIONES**KIWI**

EDICIONES KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, noviembre 2023

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-10-4

Depósito Legal: CS 788-2023

© del texto, Ana Cabo

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Somos más dados a juzgar que a explorar.

Aristóteles

MAYO

LA SORPRESA

Lia

Estuve a una milésima de segundo de escupir el refresco. Mi mejor amiga me acababa de confirmar que se casaba. Cuando acabé de asimilar sus palabras, me levanté de la silla y la abracé con euforia.

—¡Enhorabuena, tía!

Si no recordaba mal, Míriam llevaba ocho años con Rubén. Era una pareja envidiable, de esas que crees que no existen o que se encuentran una vez en la vida. Mi perspectiva era bastante diferente a la suya, ya que me consideraba escéptica con el tema de las relaciones.

Me volví a sentar en la silla del bar, ignorando las miradas ajenas. Siempre había pensado que tanto la felicidad como la tristeza de las otras personas son emociones que se contagian. Yo misma era la típica que lloraba de alegría cuando en la televisión aparecían los ganadores de la lotería de Navidad.

—Sabía que me ocultabas algo, pero ¿esto? —Sonrió, moviendo con la mano su pelo rubio—. Quizás lo ha hecho porque tú no se lo has pedido —bromeé.

—Soy...

—Pareces una anciana, Míriam —la interrumpí—. Si tengo que esperar yo a que me pidan matrimonio, creo que voy directa a la tumba. —Escuché su risa.

Nuestra relación de amistad se remontaba a cuando éramos bebés, ya que fuimos a la misma guardería. A pesar de que ninguna

de las dos se acordaba de aquello, nuestras madres nos contaron lo suficiente como para imaginárnoslo. Tanto la escuela como la relación entre ambas madres nos unió hasta el día de hoy.

—Te lo juro que me alegro muchísimo —recaqué al notar un gesto extraño en su rostro.

La conocía bastante como para saber que algo revoloteaba en su cabeza. Míriam era una persona bastante expresiva y, aunque ella no se diera cuenta, su cuerpo no paraba de comunicarse.

—¡Yo aún sigo flipando!

Me confesó que Rubén la había invitado al restaurante La Bien Aparecida de Madrid y que, en medio de la sala con decoración dorada, el camarero le trajo el postre con un anillo.

—Al principio creí que se comía. —Nos carcajearnos.

—Por favor, dime que no te lo llevaste a la boca. —Nuestra risa cada vez era más fuerte.

—No, porque vi a Rubén enseguida hincando la rodilla.

Cualquier persona que se acercara a la mesa sería capaz de notar su energía positiva y la luz brillante que desprendía. Elevé la copa para brindar y volver a celebrar la noticia.

Todavía me costaba procesar que ya no éramos las adolescentes del pasado y que nuestra edad avanzaba conforme pasaban los años. En mi mente aún tenía la sensación de haberme quedado en los veinte. Incluso tendía a dudar cuando en algunos sitios me preguntaban por la edad.

—Te quería pedir...

Aproveché esa pausa para hablar:

—Sea lo que sea, sí. Aunque, si es matrimonio, Rubén se va a poner celoso. —Sonreí.

—Sería gracioso verle la cara. —Esbozó una sonrisa—. Solo quería saber si querías... Verás... La idea de casarme con él es fantástica, creo que te haces una idea de la ilusión que tengo.

—Puede ser. —Bebí del vaso.

—Pero sabes también que justo ahora estoy creando mi tienda de ropa y que ocupa todo mi tiempo.

Miriam llevaba unos meses buscando local para su tienda, y el otro día consiguió ver un lugar que, en principio, tanto por el espacio como por el alquiler era adecuado. El problema era que aún le quedaba mucho por hacer.

—Sé que igual lo que te pido es excesivo, pero...

—Miriam, me estás poniendo nerviosa. —Impedí que acabara la frase.

—Está bien, está bien. Rubén y yo habíamos pensado más o menos lo que queremos en la boda, pero necesitamos que alguien nos ayude, y hemos pensado en ti.

La emoción me recorría todo el cuerpo.

—¡Por supuesto que sí! Contad conmigo.

—Obviamente, también serás mi dama de honor. —Guiñó un ojo.

—Si no lo fuese, sí que me hubiera enfadado —bromeé—. Vosotros decidme lo que queráis y yo intentaré buscar lo mejor.

—Solo hay otra pequeña cosa más.

Esa frase ya no me gustaba tanto. Miriam bajó la mirada, tensa, para evitar el contacto visual. Volví a beber del vaso para estar preparada ante lo que tendría que decir.

—Además de contar con mis dos amigas para organizar la boda... —Hizo una pausa—. También tienes que hablar con Hugo.

Conforme escuché ese nombre, escupí toda la bebida que tenía. Esta vez la garganta ya no soportaba la noticia.

—No. Tiene que haber otra alternativa. ¿No puedo hacerlo solo con Alba y Jimena?

Me negaba a tener que hablar y permanecer tanto tiempo con él.

—Lía, tienes que entender que es como mi hermano.

—Es tu primo —rectifiqué.

—Sabes que es como mi hermano mayor.

Aquello no justificaba lo irrespetuoso que me parecía. Todavía me cuestionaba cómo tenían una relación tan estrecha siendo los dos tan diferentes. Casi parecía yo más prima de Miriam que él.

—La última vez que os visteis fue hace mucho. Dale otra oportunidad.

—La última vez que estuve con él me tiró toda la bebida a propósito.

—No fue su intención.

Enarqué una ceja, cuestionando sus palabras, puesto que yo misma lo había vivido. Recordaba aquella sonrisa de orgullo tras haber rociado todo el refresco por encima de mi ropa blanca. Le lancé una mirada tan desafiante que dudaba de que él también quisiera estar cerca de mí.

—¿Y no puedes contratar a una *wedding planner*? Sería muy buena opción.

—No tenemos tiempo, y soy autónoma, Lía. ¿Sabes cómo ha subido lo que tengo que pagar?

—¿Y por qué tiene que ser él?

—¿Porque es como mi hermano? —Puso los ojos en blanco—. Le voy a pedir que se comporte, pero también necesito que tú lo hagas. Además, en la boda vais a estar los dos.

Por mucho que me costara aceptarlo, más pronto que tarde tendría que verlo.

—Creo que este es el mayor favor que hago a alguien.

—¿Eso es un sí? —Me miró con los ojos relucientes.

—No te prometo nada. Solo que lo intentaré.

—Me sirve.

Empezó a rebuscar en su bolso negro y sacó el teléfono para deslizar el dedo. Acababa de aceptar casi mi muerte, porque su primo siempre había intentado fastidiarme. No me extrañaba que en algún despiste me intentara tirar a algún acantilado. Por mi bien, buscaría que la boda fuera en un sitio plano y seguro.

—Te he pasado su teléfono. De todas formas, voy a avisarle de lo mismo que a ti.

—Genial —dije, apretando los dientes.

Con una sonrisa, Míriam empezó a contarme cómo le gustaría la boda. Me habló del ramo, de acompañarla a ver su traje, de que

me enviaría los sitios que había visto para hacer la ceremonia, de las invitaciones y de muchas otras cosas más que a mi cabeza le fue imposible almacenar porque se estaba encargando de odiar a Hugo.

AGRIDULCE

Hugo

La aguja estaba bordeando la piel de quien estaba sentado en la silla. Era un hombre joven con el pelo casi rapado y unas ojeras que me hacían dudar de los días que llevaba sin dormir y si era consciente de lo que estaba haciendo.

Había plasmado tatuajes tan extraños y horribles en algunas personas que dudaba de que tuvieran claro que el tatuaje, en principio, era para toda la vida. Sin embargo, nunca me había atrevido a comentarlo por un simple motivo: el dinero. Ese capital que era necesario para sobrevivir en la sociedad.

En esta ocasión, el hombre había elegido un algodón de azúcar. No era el peor tatuaje que me habían pedido, aunque no le encontrara gran significado. Tampoco le pregunté, solo me limité a hacer mi trabajo.

Era cierto que llevaba unos días bastante escéptico y que los de mi entorno me lo habían notado, pero no tenía nada que ver con mi profesión. Adoraba esa sensación de penetrar las capas de la piel y de jugar con la imaginación.

En mitad del tatuaje, mi teléfono empezó a sonar sobre la mesa. Paré la vibración de la aguja y miré de reojo, preguntándome si responder o no. Míriam.

—Poncho, ocúpate tú.

Dejé la aguja sin esperar a que mi compañero me releva-
ra y me levanté de la pequeña silla. El hombre se me quedó

mirando extrañado mientras fruncía el ceño. Elevé los ojos de manera desesperada.

—*Sister*, ¿qué ocurre? —Desde pequeño la llamaba así.

—¡Me tienes abandonada!

No sabía a qué se refería, si hacía dos días que habíamos hablado. Procedí a quitarme los guantes de látex con la boca mientras la escuchaba.

—¿Has leído mis mensajes?

—No he podido.

—Ya... —Su voz sonaba dubitativa.

—Cuéntame.

—Casi prefiero que los leas.

—¿Tiene algo que ver con la boda?

La misma noche en la que Rubén le pidió matrimonio, me envió una fotografía y un mensaje.

—¿Te acuerdas de que te pedí ayuda para organizarlo todo?

No era una persona a la que le gustase organizar nada en su vida, y menos en la de los demás. Pero esta era una ocasión especial y diferente. Además, ya me había comprometido con Míriam a que lo iba a hacer.

—Ve al grano.

—Pues que... Como bien sabes, vas a tener ayuda de mis damas de honor, pero tendrás que apoyarte específicamente en Lía.

—Esa parte se te olvidó decírmela.

—Sabes que Lía es mi mejor amiga.

—Con Alba y Jimena no tengo ningún problema. Son bastante majas. Pero Lía... —Suspiré—. Me parece un aburrimiento.

—No sé qué concepto tienes de ella, pero creo que has utilizado un antónimo para definirla.

—Lo dudo mucho.

La idea de volver a encontrarme con esa persona seria y cortante no era de mi agrado. Es más, prefería ayudar a mi prima sin tener que cruzarme con Lía. Mi rechazo no era tan alto como para odiarla, pero sí como para distanciarme de ella.

—Piensa de ella lo que quieras, ¿vale? Pero le he prometido que harás el esfuerzo de comportarte.

—¿Que yo me comporte?

Era lo último que me faltaba por escuchar. La última vez que discutí con ella llegué a mi límite porque siempre se reía de mi profesión o de donde vivía.

—Ella es... —No pude terminar la frase porque no encontraba la palabra exacta.

Me despedí del hombre al que había estado tatuando con un movimiento de la cabeza y taché de la agenda su nombre. Leí los siguientes nombres de las personas que quedaban por la mañana.

—Hugo, hazlo por mí.

Me costaba negarme cuando era mi única prima y nuestra relación era tan estrecha.

—Está bien, pero no te prometo nada.

—Con que lo intentes me vale.

—¿Algo más?

—Le he dejado tu teléfono para que te hable. Si no lo hace en más de una semana, háblale.

—Encima tengo que ir detrás de ella.

—No es ir detrás. Es mi boda.

—Entendido, *sister*. Te dejo, que tengo que seguir trabajando.

Decidí cortar la conversación porque no me apetecía seguir hablando de esa persona.

—¡Gracias!

—Te quiero —pronuncié antes de colgar la llamada.

Era curioso volver a escuchar el nombre de Lía. La primera vez que lo oí de la boca de mi prima me pareció original. Tenía como cierto encanto. Un encanto que desapareció a los pocos segundos de conocerla.

Las veces que había ido a visitar a mi prima, le suplicaba que esos días no estuviera Lía presente. Esa era mi idea inicial. Sin embargo, al final, casi siempre la acababa viendo. Nunca entendí

cómo Míriam aguantaba nuestras voces elevadas y nuestras crispaciones constantes. Solo pensarlo me agotaba.

A lo largo de la mañana tatué una hoja, un cactus, unas patas de perro y el símbolo de la cara feliz. Siempre había preferido tatuar dibujos pequeños y minimalistas, porque era de los que pensaban que un boceto de ese tamaño podía tener más significado que uno grande. Al fin y al cabo, lo importante era la connotación que podía tener. Si hubiera tenido ese concepto mucho antes, no llevaría diferentes tamaños en mi cuerpo.

A la hora de comer, Poncho me lanzó las llaves para cerrar la persiana. Él ya se había encargado de limpiar el material, apagar las luces y vaciar la caja. Solíamos vaciarla a esa hora cuando había más de doscientos euros.

—Esta tarde hay mariposa, pétalo, una runa vikinga y una nube —aclaró antes de irme.

—Te veo dentro de dos horas. —Le guiñé el ojo.

El día se me había hecho tan largo que le dije a Poncho que se encargara de cerrar el estudio. En realidad, su nombre era Paolo, pero desde el primer día me dejó claro que me refiriera a él por ese apodo.

De camino a casa, deseé, por raro que fuera, que Lía me hablase para no iniciar yo esa conversación. Desde siempre, ella se había encargado de aumentar el odio hacia mí, así que no quería que mis palabras fueran un motivo más.

TRABAJO

Lia

La noche se me estaba haciendo eterna. Había modificado ya más de tres veces los colores de las letras y la fuente, pero nunca me parecía encajar con el perfil de *Rápido y rico*, un blog donde una chica mostraba sus recetas y consejos de cocina. Por otro lado, también tenía pendiente hacer el diseño general del blog de un artista callejero que quería tener un registro de sus obras para presentarlas a un concurso.

Solía prepararme y organizarme con antelación, por eso me daba rabia que mis ideas estuvieran bloqueadas. A pesar de que el margen para entregar los trabajos era bastante amplio, ya sentía los nervios adueñarse de mi estómago. Tenía miedo de caer en esos bloqueos interminables que dictaminaban que el trabajo siempre era insuficiente o inadecuado.

Por si no fuera suficiente este bloqueo, también me tenía que encargar de la boda de mi mejor amiga. Tras la conversación con ella, decidí crear un grupo con Alba y Jimena para ir almacenando ideas. Por el momento, opté por dejar al margen a Hugo. Quizás ambas se preguntaban el motivo por el cual no lo había añadido, ya que me imaginé que Míriam se lo habría contado. Pero, como ninguna de las dos preguntó por él, decidí no dar explicaciones.

Salí del despacho para ir a la nevera y coger un trozo de chocolate. Decían que el chocolate activaba la memoria, así que ya me podía funcionar.

Siempre me había gustado mi trabajo. Era enriquecedor encargarme de diferentes páginas webs y blogs, además de que siempre podía adaptarlo según mi disponibilidad. Todo eso lo había conseguido gracias a darme visibilidad y rodearme de personas que se consideraban socialmente importantes. Sin embargo, la parte que no se veía a través de la pantalla me gustaba bastante menos. A veces, las personas se convertían en escaparates de una falsedad.

Crecí de tal manera que empecé a acudir a fiestas con celebridades. En esa época, todavía no era consciente de la otra faceta de las personas ni hasta qué punto podían llegar. Con el tiempo supe diferenciar y ver más allá de las pantallas, así que decidí quedarme tras aquellas letras, colores, diseños...

Cuando mis pensamientos acabaron de diluirse, decidí dejar el blog de *Rápido y rico* conforme más me había convencido. Debajo del título principal, había pegado la descripción que la chica me había trasladado, y en el centro varias fotografías que llevaban a una entrada principal. Creía que era más fácil llamar la atención a través de las imágenes. El otro blog fue más como un portafolio. Una vez decidido, envié los correos electrónicos correspondientes para que luego me indicaran qué les había parecido.

Después de enviarlo, cerré el ordenador y suspiré. A pesar de que todavía me quedaba la respuesta de los clientes, una sensación de alivio se apoderó de mi cuerpo. Me quité las zapatillas de ir por casa y me tumbé en la cama. La comodidad del colchón se apoderó de todas mis extremidades, deshaciendo de manera leve el estrés.

En ese momento más flexible, en mi cabeza recayó el tema de la boda. Nunca antes había organizado algo similar, pero estaba claro que iba a hacer todo lo posible por mi amiga.

Me estaba implicando tanto que había estado durante días mirando fotografías y vídeos en Internet para enterarme de la organización, decoración, lo que había que contratar de manera obligatoria y otros muchos aspectos. Busqué hasta que en el teléfono

me aparecían noticias y publicidad de las ceremonias de forma automática.

De toda mi búsqueda, guardé con captura de pantalla lo que más creía que les iba a interesar o les iba a gustar. Luego, envié las fotografías al grupo para así poder comparar opiniones. También era una manera indirecta para movilizar el grupo, puesto que a este paso la única que hablaría sería yo.

A pesar de que quedaba un año para la boda, había leído y sabía por familiares que había que contactar y reservar con antelación. Por ello, había enviado ya diferentes correos a empresas.

Mi cabeza se desplazó hacia la derecha al escuchar la vibración de mi teléfono. Alargué el brazo para mirar la notificación.

Miriam:

¡No te vas a creer lo que ha organizado Rubén!

Después de leer su mensaje, ya estaba apresurándose para llamarme.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —pregunté alarmada.

—Estoy mirando cosas de la tienda, precios, el diseño... No podía dormir con tantas cosas en la cabeza.

—Ya somos dos. —Suspiré—. ¿Qué pasa con Rubén?

—Pues que esta noche me ha dejado una nota encima de la cama, y ¡no te vas a creer qué era!

—Sorpréndeme —dije, bostezando.

—¡Ha reservado ya el sitio!

Genial, así teníamos menos trabajo que hacer.

—¡Una semana antes!

El poco sueño que me estaba afectando se esfumó de inmediato.

—¿Cómo una semana, Miriam?

—Ha reservado en Finca Hotel Comendador, cerca de Madrid.

Estaremos ahí unos días antes de la boda.

Tenía que procesar toda la información que me estaba diciendo.

—¿Lía, sigues ahí?

—Y, con ese dinero, ¿no podríais haber pagado a una *wedding planner*?

No entendía el motivo por el cual no había ahorrado esa cantidad de dinero para dividirlo en toda la boda. El hecho de estar días allí antes de la boda ya suponía un gasto económico elevado.

Mientras estaba en la llamada, busqué en Internet el hotel. Tenía cuatro estrellas, *jacuzzis* y zonas ajardinadas.

—Porque ha sido un regalo de un amigo de Rubén que trabaja en ese hotel. Justo le comenté que nos íbamos a casar y le ofreció ese sitio. Supongo que, además, él se llevará algún beneficio económico por parte del jefe por celebrar la boda. Como una comisión.

—¿Os lo deja así, sin más?

—¡Te lo acabo de decir, por comisión!

—No me lo creo. Tiene que haber algo más, Míriam.

—Está bien... —Suspiró—. No quiero que te moleste, pero es que ¡es el sitio perfecto! Y solo nos ha pedido un favor, un pequeño favor. ¿Sabes la cantidad de dinero que nos podemos ahorrar?

—Como sea...

Mi cabeza pensaba en todo tipo de favores. Cada cual más asqueroso, raro e inusual.

—Quiere que venga Romu a la boda. Yo le dije que tú lo conocías. Podrías comentarle sobre el favor de que viniera para que cante, y así tendríamos el sitio y el cantante. ¡Dos por uno!

—¿Me estás pidiendo que le pida un favor a un cliente?

Romu era un cantante que dio sus primeros pasos en la calle, pero que enseguida fue contratado por la industria musical. Consiguió su fama y su hueco en ese mundo a través de los vídeos que colgaba en YouTube o en su página web. Página web que hice yo misma.

—Vamos, Lía, te recuerdo que también es tu ex.

Penélope, una persona de confianza y quien me generaba la mayor parte de mis clientes, fue la responsable de que conociera a Romu en una fiesta. Había infinidad de rostros conocidos allí. Con tan mala suerte que me junté con Romu creyendo que no era

famoso. Tan pronto como nuestra conversación empezó a desviarse, me di cuenta de que estaba equivocada. ¡Tenía más de un millón de reproducciones en su última canción de YouTube! Canción que había publicado hacía solo tres días.

Le caí tan bien que habló con su agente para que le creara una página web específica y donde la gente pudiera ver una biografía suya real, puesto que existía mucho bulo de su vida.

Acepté.

Una vez que terminé de diseñarlo todo y finalicé mi trabajo, continuamos quedando y hablando de manera habitual. Pero nunca fuimos pareja, solo tuvimos una especie de rollo.

—Nunca salimos.

—¿Tanto te cuesta hablar con él y proponérselo?

—¿Sabes el dinero que está cobrando ahora? ¡No las tengo todas conmigo para que quiera hacer algo gratis! —resalté.

—Vale, Lía. —Escuché como su voz estaba desilusionada—. Ha sido una mala idea. Ya está. Le diré a Rubén que no acepte el regalo de su amigo porque no podemos hacerle el favor.

Al ver cómo había reaccionado Míriam, barajé la posibilidad de hablar con Romu. No sabía si iba a estar dispuesto a ello; pero igual, si se lo pedía como favor personal, podría acceder. Además, si él aceptaba, ya no tendríamos que buscar sitio para hacer la ceremonia.

—No te prometo nada, ¿vale? Pero hablaré con él.

—¿En serio? —gritó—. ¡Dios mío, no sabes cuánto te lo agradezco! Nos vamos a ahorrar un montón de dinero, Lía. ¡Eres la mejor!

—Solo te digo que lo intentaré. —Cerré los ojos—. Ahora, buenas noches, amiga.

Ya no solo tenía que lidiar con la boda, ni con Hugo, sino también con Romu. Todavía no había empezado la boda, y ya quería que se acabase.

EL PRIMER PASO

Hugo

Me arremangué hasta la altura del codo, dejando visibles mis tatuajes. En el brazo derecho estaba mi primer tatuaje: un triángulo mediano con pinos y árboles de montaña por dentro. Exhalé el aire del cigarro y elevé la vista para ver a Lucas apoyado en la pared.

—¿Qué pasa? —Estiré la mano para chocársela.

Llevaba puesta una sudadera morada oscura y unas deportivas negras.

—Quince minutos tarde.

—Esta vez ha sido menos, ¿eh? —bromeé.

Lucas sonrió y golpeó mi hombro. No solía ser puntual. Pero eso Lucas ya lo sabía, puesto que nuestra amistad se remontaba a la secundaria. Al final, cuando se trataba de una relación tan prolongada en el tiempo, aceptabas a la persona tal cual era.

—¿Todo bien? —Se peinó la parte superior del pelo negro con la mano.

—Como siempre. —Tiré el cigarro—. ¿Y tú? El trabajo te tiene absorbido.

Se dedicaba a analizar el mercado para una empresa de fármacos, recopilando información sobre los clientes y la competencia.

—Habló el que se pasa casi veinticuatro horas encerrado en su estudio.

—Pues ya sabes dónde encontrarme. —Sonreí—. ¿Vamos a la hamburguesería que hace esquina?

—Planazo. —Le guiñé el ojo.

Desde hacía más de tres años, Lucas no vivía en Pedralba. Solo venía de vez en cuando para visitar a sus padres, así que siempre era una alegría verle.

—¿Qué tal por allí?

—Ajetreado. Ya sabes cómo es Barcelona.

La idea de la ciudad no era de mi agrado. Siempre había preferido lugares tranquilos, seguros y con otro ritmo de vida.

—¿Y tú? —me preguntó con una mirada intensa.

—Lo mismo de siempre.

No estuve acertado con la respuesta, porque él sabía demasiado sobre mi vida.

—Dime que lo mismo de siempre no implica a Judith.

En efecto, me había equivocado al responder.

—A veces sí, a veces no.

—¿Algún día lo vais a dejar definitivamente?

—Solo quedamos de vez en cuando.

Hasta hacía cinco meses, Judith y yo habíamos sido pareja. Rompimos porque sus celos eran muy obsesivos y por falta de comunicación. En nuestra relación de dos años, cuando algo le enfadaba o no le sentaba bien, prefería callarse e irse.

—Seguís teniendo una relación tóxica.

Lucas siempre la había etiquetado así desde el inicio. Lo cierto era que yo ya pasaba de las etiquetas y de las relaciones serias.

Conforme entramos en el local, me quité la capucha que cubría mi melena rubia.

—Es solo sexo, Lucas.

—Como te vuelvas a pillar por ella... —me advirtió.

Lo dudaba, porque parecía que ya no sentía nada por nadie.

—Confía en mí.

Cambié de tema de forma radical para preguntar por su hermano. Después, conversamos acerca de su trabajo y de la acampada que hice unos días atrás.

La pantalla de mi teléfono se iluminó y desvié la cabeza para mirar el mensaje.

Miriam:

¿Has hablado con Lía?

Habían pasado ya dos semanas desde que tendríamos que haber hablado. Yo no había recibido nada por parte de Lía, ni una llamada, ni un mensaje. Nada.

Envíame su teléfono.

—¿Me estás escuchando? —llamó la atención Lucas, con tono serio.

—Sí, tío, sí. Es que mi prima Miriam se casa.

—¿En serio? ¡Qué gran noticia, colega!

—Sí, lo único es que me tengo que hacer con Lía, su mejor amiga —dije lo último con tono burlón.

—¿La de ojos marrones con pelo corto?

—Casi la recuerdas tú mejor que yo.

—Como para olvidarme de ella. Cuando me enseñó tu prima una foto juntas, le dije que me la presentara. —Se carcajeó.

No sabía si ella había cambiado, pero recordaba que tenía los ojos marrones, flequillo y pelo castaño.

De repente, el camarero vino y dejó sobre la mesa las dos hamburguesas y patatas con *cheddar* que habíamos pedido.

—No sabes lo que dices. —Sonreí, sabiendo el carácter que tenía.

—Bueno, si está igual, mi propuesta sigue presente. —Empezó a comer.

—Lo peor es que ahora tengo que hablarle. —Resoplé, mostrando mi desacuerdo.

—¿Tienes su teléfono? —Asentí—. ¡Pásamelo!

Hice una mueca, negándolo.

—Creo que será mejor que te ahorre hablar con ella.

—Va, colega.

—Se lo preguntaré, ¿vale? No quiero tener más problemas con Lía, y menos ahora que tenemos que organizar la boda.

—Me sirve. Véndeme bien. —Miró su teléfono—. Te paso una foto en la que salgo bien.

Sus palabras me provocaron una risa incontrolable.

—Adelante, seguro que la enamoras con tu cara delgada y tus músculos. Eso sí, la foto que sea con ropa, por favor. No me envíes una sin camiseta, que nos conocemos.

Enseguida vi como cambió la fotografía que había elegido y sonrió.

—¿Esta?

Me mostró una en la que estaba en la montaña, con los brazos cruzados.

—Perfecta, así se te nota más el bíceps. —No pudimos evitar reír a carcajadas.

Cogí de nuevo mi teléfono y cliqueé en el contacto que me había enviado Míriam. Lo guardé por su nombre y con el emoticono que le explotaba la cabeza. Ese definía a la perfección lo que me provocaba.

—¿Me enseñas su foto de perfil? —preguntó curioso.

—¿De verdad?

Al ver su rostro, supe que su petición era de verdad. Suspiré y alargué el teléfono hacia él. Ni siquiera yo la había visto.

—¡Es guapísima! —indicó.

Volteé el móvil hacia mí y vi que tenía un *selfie* donde aparecía con la mano apoyada en la parte derecha de la cara, girando con delicadeza su rostro. Tenía el pelo alborotado, como si lo hubiera hecho a propósito, y le caían varios mechones por mitad de la cara. La boca permanecía medio abierta, dejando ver sus dientes alineados. Llevaba un top rojo con tirantes finos y un escote pronunciado.

—Ojalá no tuviera que hablarle —comenté.

Mi amigo se rio como si estuviese deseándolo hacerlo él. Teclé el mensaje, siendo breve para que no pudiera malinterpretar nada.

¡Ey! Soy Hugo, el primo de Míriam. Creo que tenemos que ponernos en contacto para organizar la boda. Ya hablamos.

Ya hablamos. Como si quisiera seguir hablando con ella y aguantar nuestras discrepancias.

—Recuerda hablarle de mí.

—¡Que sí, Lucas!

Seguía sin entender el afán desesperante de Lucas por ella.

Coloqué el teléfono boca abajo, y me centré en mi amigo y la hamburguesa que me estaba esperando.

